

Malos sueños Les pates donde el pan

Manuel Campa

Hace muchos años, cuando la Cultural Leonesa ascendió a primera división, un comentarista de la vecina ciudad escribió que, por fin, el equipo había alcanzado su lugar natural, donde iba a permanecer durante muchos años. No debemos reírnos: sin ir más lejos, ningún oviedista podía pensar, hace bien pocos años, que el Oviedo iba a verse, hoy, en tan ruin condición como se halla. Y no es que faltaran señales de lo que podía sobrevenir, sino, más bien, que tendemos a ver cualquier situación humana como definitiva e irreversible, sobre todo si es buena. Quién podía pensar que, en el último medio siglo de vida carbayona, iban a producirse los cambios de fortuna que encumbraron económicamente a personas de origen muy humilde, mientras llevaron a la ruina a familias poseedoras de grandes medios económicos. Aunque no hay que olvidar una sabia frase que oí a un emigrante: muchas veces, tiene más el pobre que fue rico que el rico que fue pobre. Escuchando, estos días, a Jorge Fernández, autor del libro de más éxito en argentina, sobre la emigración de su madre asturiana, resultaba asombroso el paralelismo de las impresiones que recibieron los asturianos de la posguerra –de la miseria a la abundancia–, al llegar a Buenos Aires, con las que se dan, ahora, cuando regresan huyendo de la crisis argentina. Lo que es vivido como un mal sueño por nuestros emigrantes. Y, aunque las tradiciones igualitarias y la consolidación de las clases medias en Europa distan mucho de la situación del cono sur americano, el autor de "Mamá" nos invita a no envanecernos ni sentirnos seguros en el mejor de los mundos posibles. Y después de ver –no hace mucho– a otro gran asturiano, el actor Carlos Álvarez, en "La vida es sueño", nos ha parecido como si la imaginación de Calderón de la Barca se saliera de la escena e invadiera la vida española de nuestros días, y no sólo por el ejemplo, antes citado, de algunos de nuestros emigrantes, sino porque el mismo presidente Aznar –como Segismundo– al despertarse en el suntuoso palacio de Bush, puso los pies encima de la mesa, empezó a hablar castellano –y catalán en privado– con acento USA, y, poseído por la violencia, como el personaje clásico, nos metió en la guerra de Irak, sin que nadie supiera explicar qué pintábamos allí. Todo un mal sueño. Pero, si el presidente no respeta las Naciones Unidas para meternos en lo que llama un conflicto, ¿cómo extrañarnos de que gobernantes de menor rango hagan ostentación de no acatar las leyes? ¿Cómo persuadir al gobierno vasco para que sea respetuoso con las leyes del Estado? Los clásicos vivían con angustia la ausencia de normas, pues consideraban a las leyes como las "murallas de la ciudad"; hoy tal vez hemos perdido la conciencia de lo vulnerable que es el estado de derecho. Es muy preocupante que los llamados "aliados", entre los que se halla el gobierno español, no sientan la urgente necesidad de restablecer el orden internacional supeditando sus actuaciones a las Naciones Unidas. Siempre los imperios inspiraron el orden internacional, pero es nuevo que USA ni siquiera respete las normas que contribuyeron a establecer, en buena parte, ellos mismos. Ginés de Sepúlveda, el padre Vitoria y Bartolomé de las Casas discreparon sobre el derecho de los españoles a establecerse en el nuevo mundo. Ahora, ni siquiera se invoca una teoría, como el derecho a salvar "a los Indios", sino que se recurre a la guerra preventiva. El príncipe Segismundo se despertó en un suntuoso palacio, y, apoderándose de él feroces impulsos, arroja a un palaciego por la ventana; el señor presidente español, despertando en un palacio de Bush, pone los pies encima de la mesa, y arroja unos barcos contra Irak, con la orden de proteger, únicamente, los pozos petrolíferos, y nada más. Los museos y las bibliotecas dan poco dinero, y, además, ocupan suelo edificable. El príncipe Segismundo, perdido el suntuoso palacio,

recuperó el juicio. Ojalá cunda el ejemplo y, dado que la vida es sueño, la Cultural y el Oviedo regresan a primera, la Argentina recupera el bienestar y ningún gobernante español vuelva a poner los pies en el lugar del pan.

Hace una década, la opinión pública internacional fue mayoritariamente respetuosa con el ataque USA a Irak, pues Saddam Hussein había, previamente, invadido Kuwait. Nada parecido a la situación actual, con una guerra injustificada que, probablemente, no se hubiera dado de contar con Clinton y el partido demócrata en la presidencia americana. Todo un mal sueño del que urge salir volviendo los “aliados” a someterse al arbitraje de las Naciones Unidas.